

Una cauta administración y una política realista, han hecho de Suecia un país cuyo nivel de vida acaso sea el más alto de Europa, si no, con los Estados Unidos, del mundo. Datos de hace siete años hablaban de 567 teléfonos y 350 televisores por mil habitantes —a más de dos y uno por familia, respectivamente—, cifras que hoy se habrán incrementado sensiblemente. Los automóviles prácticamente alcanzan la cifra de los televisores, es decir, una flota de casi tres millones para ocho millones de suecos, lo que significa que en España deberíamos tener en circulación más de doce millones para ponernos a su altura. El barco de vela o la lancha motora, tampoco constituyen un lujo inalcanzable en aquel país; diez o quince suecos de cada cien, disponen de ellos. Esto comporta para el forastero, cuya moneda es más débil, el inconveniente serio de los precios de las cosas. Suecia es un país carísimo para cualquiera, y también, aunque en menor medida, para los suecos. El turismo —salvo mediante el sistema de camping, cuyas instalaciones en los países nórdicos son modélicas— resulta prohibitivo para un español. Comer y dormir supone un renglón, especialmente este último ya que una habitación doble en un hotel decente —sin ningún lujo— en Estocolmo, oscilará entre las 5.000 y las 6.000 pesetas por noche. Para los suecos, dado su nivel de ingresos, la cosa cambia. A los elevados sueldos del trabajador del país habrá que añadir el perfecto funcionamiento de los servicios públicos y las instituciones. El sueco paga su bienestar bien directamente con las coronas que el Fisco le deja en la cartera, bien indirectamente mediante los impuestos.

El impuesto, una referencia a los impuestos, se hace inexcusable después de una visita a este país. Los conservadores basaron su última campaña electoral en la afirmación de que los impuestos podían decrecer. Aseguraban que todavía se evaden impuestos en Suecia, y, sin embargo, el país vivía bien, luego el impuesto podía reducirse, simplemente haciendo más metódica la inspección. El argumento no deja de ser inteligente y a la vista está que les dio buenos resultados. Yo creo que este tema, junto al del oscuro y prolongado invierno septentrional, es el que más juego le da al sueco ante un extranjero que elogia su organización, su espíritu de trabajo —trabajan cinco días a la semana pero trabajan de firme— y la manera pacífica y serena en que se desenvuelve allí la vida política (la campaña electoral pasa prácticamente inadvertida en la calle, salvo la presencia, de cuando en cuando, de un orador improvisado que, microfono en mano, se dirige a un auditorio de cuatro o cinco personas impasibles y ociosas). Los impuestos, al decir de las gentes, son efectivamente muy elevados.

Como término medio quizá se lleve el fisco la mitad de los ingresos y, en ocasiones, en el caso de los profesionales libres y los artistas recordemos el caso Bergmann— bastante más. Aunque los moderados digan otra cosa, parece que la inspección funciona aceptablemente allí y hay que estrujar mucho el magín para escamotear una corona. Ultimamente, se ha puesto de moda el trueque de servicios, cambiar trabajo por trabajo, sin mediar dinero. Es decir, un cirujano se aviene a operar de balde de una hernia a un fontanero, si éste le renueva gratis el sistema de desagüe de su cabaña en el bosque. La picaresca, más o menos incisiva, más o menos ingeniosa, funciona en todas partes. Lo incuestionable es que el Estado sueco devuelve ese dinero incautado en prestaciones eficaces. La seguridad social funciona, en todos los aspectos, a pleno rendimiento y creo que en el seguro de enfermedad ya está incluido, o está a punto de incluirse, el de la atención dental y, la posibilidad de acudir a un médico privado de cualquier especialidad, en cuyo caso la caja del seguro abona un 75% de los gastos. Los servicios estatizados o municipalizados son buenos y, en lo que cabe, baratos. Las pensiones de enfermedad o de vejez procuran un retiro digno a nuestra consideración, sobrado que permite a muchas parejas de ancianos ir a buscar el sol, su último sol, a cualquier litoral mediterráneo. Pero el Estado no tira el dinero, procura aprovechar todos sus recursos y si, a vía de ejemplo, es cierto que en bastantes Facultades universitarias está en vigor el sistema de «numerus clausus» y una rígida selectividad —la cifra de universitarios ha pasado en cinco lustros de 20.000 a 150.000— no lo es menos que al muchacho bien dotado, jamás se le abandonará en la estacada y no sólo dispondrá de enseñanza gratuita, sino que cobrará un salario por estudiar. En suma, y para no fatigar con más detalles, el Estado administra con rigor, devuelve lo que recoge con generosidad y el presupuesto alcanza a resolver los problemas comunes, salvo, según me dicen en todas partes, uno tan importante como el de las guarderías y jardines de infancia, inexplicablemente pendiente aún.

Lo más espectacular de este país no es, sin embargo, la altura y la calidad de vida alcanzada. Los suecos se saben vanguardia, se sienten observados, tienen conciencia de ser en muchos aspectos, espejo del mundo, y así ha surgido una actitud dinámica, perfeccionista, que no cesa en sus anhelos de abrir caminos, de aportar soluciones nuevas para viejos problemas. Este afán perfeccionista está muy bien. Lo peor que le puede suceder a una sociedad avanzada es dormirse en los laureles, creer que todo lo tiene resuelto y para siempre. Pero, a veces, como en el caso de ese anteproyecto de

ley que permite a un niño denunciar a su padre o a su madre por darle una bofetada —golpear a un menor es ya delito en Suecia— yo creo que se pasan. Ante otros asuntos que escandalizarán a nuestros virtuosos compatriotas pero que están ahí, que son un hecho en todas partes, los suecos no han cerrado los ojos, ni han echado las patas por alto, sino que les han facilitado un cauce. Se ha hablado de la sociedad sueca como de una sociedad desbridada y permisiva, pero en el fondo, y salvo en algún aspecto concreto, no es más que una sociedad realista, menos pagada de las apariencias que las meridionales.

Quedan los viejos argumentos en contra de esta tesis, los suecos son borrachos, suicidas, han destruido la familia... De todo esto se podría hablar largo y tendido, pero tras mi breve paso por el país, no parezco la persona más indicada para hacerlo. Vamos, no obstante, a escribir dos palabras sobre ello. Lo de los suicidios suecos es algo que pica en historia. Se ha dicho que el índice de suicidios en este país era el más elevado de Europa. Las últimas cifras, las más recientes, indican que no es así, que otros les ganan. Mas, en todo caso, lo que sucede es que los suecos toman en serio las estadísticas. El acero, el papel y las estadísticas suecas van a misa, son de fiar. En nuestro país confeccionamos las estadísticas, cuando las hacemos, a ojo de buen cubero, por aproximación, pero en este caso concreto de los suicidios, bien por piedad, por indolencia o por lo que sea, encubrimos bajo la denominación genérica de accidentes muchas muertes cuya causa no fue precisamente esa.

Respecto al alcoholismo parece que sí, que Suecia consume mucho alcohol, más alcohol que otros pueblos. A mí, después de pagar a cuarenta o cincuenta duros el vasito de clarete, esto me parece mentira, pero, por lo visto, según cifras y testimonios, es así. Esto del alcoholismo, como la droga, son problemas universales, y el hecho de que haya mayor número de alcohólicos en Suecia que en otras partes quiere decir poco, salvo que los suecos disfrutan de un más alto nivel de vida, sus noches son más largas, hace más frío y se aburren más. Puede ocurrir también que las restricciones en su consumo produzcan, por reacción, un efecto contrario. El hecho está ahí y no vamos a discutirlo. Y, ciertamente, no es difícil, tropezarse en la calle con un borracho nórdico, solitario, titubeante, lacónico, grumoso, estampa deprimente pero menos molesta para mí que la del borracho agresivo, estentóneo y gracioso de nuestras latitudes.

MIGUEL DELIBES

construye ZORRILLA

Las Arenas

PASEO DEL TRIUNFO

COMPRE HOY Pisos

Con dinero de dentro de Dos Años

Sensacionales pisos en construcción de 1ª calidad
De 100, 135, 150, 180 y 205 m².
Con dos, tres y cuatro dormitorios, hall, salón, comedor, dos baños, cocina, office.
Dos plazas de garaje y trastero.

Frente al Marítimo

a. sagarminaga
consultores inmobiliarios, s.a.

A Pt. J. A. Arenaza

Rodríguez Arias 9 - Tlfs. 443 84 50 - 54 - 58 - Bilbao.
Navorresq. Art. calle. Tlfs. 463 3877 - 463 61 20 - Las Arenas.

SIN SOLTAR UN DURO SIN ENTRADA

Sólo 22.000.- ó 18.000.-pts. mes y tiene LAS LLAVES de pisos en Ortuella y Lejona

<p>PISOS A ESTRENAR</p> <p>Hall, salón-comedor, 3 habitaciones, cocina, baño, mirador, calor negro.</p>	<p>PISOS A ESTRENAR</p> <p>Cocina-comedor, tres habitaciones, baño, 2 terrazas, calor negro, todos exteriores.</p>
--	---

¡Dése prisa, quedan pocos, Lógico!

TELF: 443 96 43